



red; un extintor de colores con su ficha técnica al lado; un cuadro sobre un bastidor que recrea la caja de emergencia contra incendios (incluidas hacha y manguera; una escalera que tal vez fue olvidada en medio de la sala, que soporta arriba, justo en el tope, una criatura extraña; unas cinco palomas en los ductos altos de la sala; una mesa con algunas sobras de comida; una sala vacía, perfectamente blanca, y justo en la puerta de ingreso un viento fresco, suave y constante, frugal y limpio que da cuenta de una presencia no evidente; un desagüe que, en el piso, invita a agacharse; abajo, tras la rejilla, un mundo submarino con moluscos y peces que dan vida al recinto; una pantalla que da información constante de lo que supuestamente ocurre afuera de la institución, que no son otra cosa que datos de seguridad de un pasado reciente de la ciudad; una ventana que comunica al exterior con la sala deja ver un paisaje lunar; un vigilante pasivo, con la mirada perdida, que, al igual que las cinco palomas ya mencionadas, nos sorprende por su inmovilidad y que, al tiempo, después de mucho observarlos, entendemos que han sido puestos allí, que no han llegado por su voluntad. Esta es solo una corta lista de escenas con las que se podría usted encontrar en un espacio que se dedique hoy a enseñar arte; situaciones que son más comunes en la actualidad que las pinturas al óleo, las esculturas en bronce o las tallas de madera en los museos, galerías o eventos, que enseñan lo que los artistas están haciendo. Ahora, solo se han planteado algunos ejemplos de cosas que pueden y deben estar en el interior de una sala. Si vamos a la calle la cosa cambia drásticamente.

En el año 2007, Medellín fue nuevamente escenario de un evento de arte con dimensiones internacionales: el encuentro internacional de arte MDE07 hizo su aparición. Entre 1968 y 1972 tres eventos bienales ya habían logrado posicionar esta ciudad en el orbe: Coltejer, la exitosa compañía textilera se había dado a la tarea de apadrinar la labor artística y, con el ímpetu del odontólogo, gestor cultural y pintor

Leonel Estrada, logró implantar en Colombia una iniciativa distinta, y visionaria para las artes en América Latina, solo antecedida por una propuesta similar llevada a cabo en Sao Paulo en Brasil, escasas dos décadas atrás.

Como punto de partida, el MDE destacó el papel que ha jugado otro evento icónico para escribir la historia del arte en Colombia. Como referente principal tomó el *I Coloquio de Arte No Objetual y Arte Urbano* que tuvo lugar en Medellín durante el año 1981, y que fue concomitante a una cuarta bienal realizada en la ciudad, pero sin el apoyo de los textileros. El Coloquio fue catalogado por la crítica como una contra-bienal, y el encuentro de Medellín de 2007 incluso tomó su nombre de una obra que se presentó, o mejor, se emitió en ese evento: una clave de morse fue lanzada como quien envía una señal de auxilio al infinito con las letras MDE, una suerte de presagio inventado por el artista conceptual Adolfo Bernal (Medellín 1954-2008), que acudía a la sigla aeroportuaria de la ciudad para decir que algo estaba sucediendo, o estaba por suceder. Para ese entonces, la figura de Arce y Ceballos, el pintor neogranadino, ya se había desdibujado. Sus grandes óleos, que incorporaban collages de estampas llegadas de Europa para enseñar la gloria de las gestas del pasado y el catecismo a los nuevos fieles, no son más el encargo que se le hace al arte, algo que claramente cambió, y de manera drástica, a mediados del siglo pasado cuando a los artistas no les bastó con las lonas y pinceles, con los buriles y las formones. Los cambios avenidos, al menos en lo que la modernidad llamó las bellas artes, y posteriormente, cuando la belleza se comenzó a alejar se ha identificado como arte contemporáneo, han sido de una magnitud tal, que la forma y el objeto prácticamente han llegado a su escisión como fin del interés de los artistas y críticos. Gestos como el lanzamiento de papeletas desde una avioneta sobre el Valle de Aburrá con algún texto alusivo al fin; reuniones y discusiones para validar el arte como un instante; alguna suerte de posturas demagógicas que comenzaban a presentar

al artista como el responsable de algo que, ni él precisaba nombrar; telegramas que, otro artista, acogiendo estrictamente la idea del no objetualismo, enviaba telegramas desde el archipiélago de San Andrés al continente como señales de vida; de otro lado, una mujer caminando entre un jardín aledaño al Museo de Arte Moderno de Medellín —MAMM—, de pronto, y valiéndose de un yesquero, prendía una oquedad, hecha previamente en el prado con forma de vagina y en cuyo interior se había depositado pólvora, que ardía súbitamente; mientras el humo invadía el espacio contiguo donde un hombre, otro artista, tejía croché en una acción parsimoniosa que recordaba que en algún momento pasado Joseph Beuys se sentó a pelar papas, para luego afirmar que cualquier hombre es un artista. Estas son algunas descripciones de cosas que pasaron ese año de 1981 en el famoso primer y último Coloquio de Arte No Objetual y Arte Urbano.

Muchos afirman que ese evento se presentó como respuesta desde América Latina al arte conceptual norteamericano y que marcó, en definitiva, un tiempo emancipador para los creadores del lado sur del río Bravo. Desde ese entonces, las instalaciones (intervenciones arbitrarias de espacios) y los performances (artes donde el cuerpo de los artistas son el soporte de la obra) se popularizaron en las academias de arte de nuestros países, al punto de que hoy en día la producción formal y tradicional; es decir, la pintura y las formas escultóricas, por no decir el trabajo con vidrio, talla o alfarería (estas últimas siempre tratadas como artes decorativas o menores), son la excepción en la llamada academia contemporánea.

Este mes de noviembre llega una tercera entrega del Encuentro Internacional de Arte de Medellín: MDE15. En sus postulados se incorpora la relación de lo local con lo global bajo la consigna: “Historias locales / prácticas globales”, haciendo un guiño a la fuerza fractal implícita en las relaciones humanas en una sociedad contemporánea hiperconectada y, paradójicamente,



Carnet. Fotografías para documento de identidad, 2011. Giuseppe Campuzano. Medidas variables. Fotografía: Claudia Alva. Maquillaje: Germain Machuca

te, más desarticulada que nunca. Para seguir la línea de la paradoja, que tanto aporta a los creadores en la actualidad, debemos reconocer que ha sido el mismo arte el que se ha encargado, bajo su intelectualización desmedida, en el tiempo de las vanguardias artísticas de la primera mitad del siglo xx, de alejar al gran público, asunto que ha sido capitalizado por propuestas de corte participativo, como lo es el caso de este MDE o los dos precedentes, que han generado múltiples relaciones entre artistas y gentes diversas y desprevenidas que, en algunos casos, ni se dan por enterados de que están, con algún modo de participación, en una dinámica, colaborando con una obra de arte que ha salido de su zona de confort para ir a la caza de quienes, sin pedirlo, se ven beneficiados por algo que nunca va a dejar de ser propio del arte: la sorpresa transformadora de la realidad y el encuentro con lo imposible.

Oscar Roldán-Alzate